

**PLENO DE LA CÁMARA**



Núm. 38

VIII Legislatura

Año 2009

Presidencia: Excma. Sra. Dña. Fuensanta Coves Botella

Sesión plenaria número 22  
celebrada el sábado, 28 de febrero de 2009

---

ORDEN DEL DÍA

---

DISCURSO INSTITUCIONAL

---

Discurso institucional de la Excma. Sra. Presidenta del Parlamento de Andalucía con motivo de la celebración del Día de Andalucía.

---

SUMARIO

---

Se abre la sesión a las once horas, quince minutos del día veintiocho de febrero de dos mil nueve.

Discurso institucional de la Excma. Sra. Presidenta del Parlamento de Andalucía con motivo de la celebración del Día de Andalucía (pág. 2).

Interviene:

Dña. Fuensanta Coves Botella, Presidenta del Parlamento de Andalucía.

Se levanta la sesión a las once horas, treinta y ocho minutos del día veintiocho de febrero de dos mil nueve.

## Discurso institucional de la Excm. Sra. Presidenta del Parlamento de Andalucía con motivo de la celebración del Día de Andalucía

La señora COVES BOTELLA, PRESIDENTA DEL PARLAMENTO DE ANDALUCÍA

—Muy buenos días, señorías. Ruego ocupen sus escaños.

Bienvenidos al Parlamento de Andalucía a todos cuantos hoy nos acompañan, y vamos a dar comienzo a la sesión plenaria institucional convocada con motivo de la celebración del Día de Andalucía.

Señorías, se abre la sesión.

Señorías. Autoridades.

Cada 28 de febrero, Andalucía se detiene y se mira a sí misma, y aplaude a los andaluces y andaluzas que, un año más, se engarzan en esa honorable cadena de la historia formada por personas que son gigantes por su obra y su vida; paisanos de lujo, espigados de un pueblo que, como un prisma, hacen más brillante la luz que dejan pasar.

Cada 28 de febrero, Andalucía se detiene y se mira hacia fuera, abre sus balcones para iluminar a nuestro país. Nosotros, andaluces y andaluzas que pertenecemos a una tierra que ha moldeado civilizaciones durante siglos, queremos compartir con todo el mundo la naturaleza de nuestras raíces, y queremos explicar cómo entendemos nuestra proyección en la sociedad del siglo XXI.

Cada 28 de febrero, los andaluces sentimos la pulsión de extender nuestro mensaje para hacer partícipes del mismo a nuestros conciudadanos, a otras comunidades autónomas y a otros países, y ese mensaje no es otro que el de la propia experiencia vital de los andaluces, la forma de sentir, el ser una nacionalidad histórica con señas de identidad tan contundentes como avaladas por el pasado. Así lo avanzaba el Estatuto de Autonomía de 1981 y lo corroboramos en 2007.

El sentimiento andaluz, el ser andaluz, es, ante todo, un canto a la diversidad, una apuesta por lo integrador. Somos andaluces y españoles en un sentir armónico que nos hermana a nuestros compañeros de viaje dentro del Estado.

En estos momentos, en los que estamos poniendo letra a la música de la solidaridad entre las autonomías que componen el Estado español, es indispensable la difusión del sentimiento plural de la nacionalidad. No nos escondamos detrás de dicotomías falsas: O ganamos todos, o perderemos también todos, y es inaceptable un horizonte en el que pueda haber perdedores en el marco de España.

Por eso, en las relaciones con el Estado, Andalucía dará el ejemplo de saber compartir en su seno distintas sensibilidades, para coordinar sus intereses legítimos con los de otras comunidades hermanas. De

esto hemos hecho gala siempre, y este seguirá siendo nuestro sello.

Señorías, vivimos tiempos difíciles, momentos de crisis que obligan a avivar esfuerzos. Una crisis de este calado no tiene cordones de seguridad: nadie puede considerarse al margen de sus consecuencias. Quien busque una barrera y sentirse a salvo de responsabilidad se topará con que no hay burladeros en ese ruedo.

Escuchen, señorías, que la ciudadanía se expresa de forma muy crítica, incluso cada vez más acentuadamente, sobre la clase política.

La opinión ciudadana no hace grandes distinguos en la calificación que dan a los miembros de este grupo, por más que la tarea y los papeles a desempeñar son diferentes para Gobierno y oposición. Cuidado, pues. Nadie puede sentirse exento de protagonismo en esta etapa: nadie. Que ni poder ni persona alguna crea que el malestar ciudadano no va con él, que las exigencias son para otros.

Permítanme, señorías, un símil. Podríamos decir que los partidos políticos, al igual que las personas que los componen, tienen dos manos: una ayuda a sostener con fuerza el sistema democrático, una mano firme, que impide que siquiera vacilen la democracia, las instituciones, los principios de nuestra convivencia. Y mientras la mano de la responsabilidad política sujeta el sistema de todos, los partidos tienen que destinar la otra a construir el criterio propio, a elaborar los programas ofreciendo soluciones a los ciudadanos, a la controversia política legítima con el adversario.

La crisis resulta económica, social, e incluso notables líderes han llegado a hablar de una quiebra que cambia para siempre el sistema capitalista, para después corregirse, porque, señorías, quizás estemos ante una situación en la que los juicios rápidos, la inmediatez, no sean la mejor actitud ante tanta incertidumbre. Puede que vivamos uno de esos momentos en los cuales sean cuestionados hasta los valores e ideas, e incluso modelos asentados de gestión y decisión públicos que creíamos inamovibles. Yo recomendaría templanza, reflexión y, sobre todo, perspectiva.

Quizás, en efecto, esto no sea algo tan simple como la economía, sino la economía y algo más. Es posible que estén alumbrándose unas nuevas reglas; que estemos en una situación de fractura que derivará en puntos de vista de los problemas, coordenadas para abordarlos y soluciones posibles, por completo diferentes de las actuales. No obstante, espero que nunca los más débiles dejen de ser la prioridad uno en los malos tiempos. Lucharé por ello, señorías. Este bastión ético no debe sufrir erosión alguna en nuestra tierra: no es deseable. Creo que está enraizado para siempre, mal que les pese a los relativistas, que creen que, en política, *siempre* significa «mañana».

Si para algo hemos construido nuestro proyecto autonomista, con el ingente esfuerzo y sacrificio de innumerables generaciones de andaluces y andalu-

zas a lo largo de los tiempos, como se lee en nuestro Estatuto, es para fortalecernos frente a la adversidad, para decidir nuestro presente y nuestro futuro, y estar menos indemnes, aunque no del todo, ante los vaivenes de este mundo globalizado.

Hace pocos días hemos vivido un pequeño hito, de forma desapercibida, pues responde al normal trabajo de esta Cámara: El Parlamento de Andalucía suma ya 250 leyes durante su primer cuarto de siglo. Al hilo de esto me atrevo a ofrecerles una reflexión: Creo que el Poder legislativo andaluz ha contribuido de forma notable al extraordinario cambio que ha vivido nuestra tierra desde el año 1982; creo que los 491 diputados y diputadas que han tomado asiento en esta Cámara, las personas que en las cuatro sedes del Parlamento han sumado su mejor saber y entender, pueden mirar de frente a los conciudadanos por el trabajo hecho.

Esta Presidenta quiere indicar el reconocimiento a sus señorías, porque considero evidente que, en estos días, la Cámara acopia esfuerzo, está a lo que tiene que estar: lo que pasa y preocupa en la calle.

Para centrarse en lo relevante, es bueno el ejercicio de recordar que todos los que estamos aquí pasaremos, y serán otros los que ocupen nuestro lugar —otros serán los elegidos; otros, los nombres; otros, los problemas—. Incluso estimo que, con la perspectiva que da la Historia, lo que hoy nos parece vital, trascendente, crucial, puede que no lo sea tanto para las generaciones que nos sucedan, preocupadas por cosas distintas, alertadas por otros problemas. Todo se esfumará, pero intentaremos que haya algo que no pase: el Parlamento como institución, la democracia como sistema del Estado. El Parlamento se irá adaptando a la nueva cultura, su funcionamiento se irá perfeccionando, pero su objetivo será el mismo: articular la representación de la soberanía popular, generar confianza en tiempos tormentosos.

Y en el futuro quedará fundamentalmente nuestro trabajo, quedará lo bien hecho. A los 109 diputados y diputadas que conformamos hoy esta institución se nos juzgará por los resultados; quedará fundamentalmente lo escrito, lo grabado, y Andalucía percibirá el efecto de las normas que su Parlamento aprobó y las iniciativas que impulsó.

Cada vez que nuestra voluntad sea ser útiles a los ciudadanos, aunque no lo logremos del todo, se reconocerá nuestra acción como de buena fe, y, por tanto, plausible. Las cuitas, los enfrentamientos vacíos, no resistirán el análisis de la Historia, no resistirán el paso de los pocos días en que tarda en ponerse amarillo el papel de periódico donde un titular brilló una mañana; ni siquiera las pocas horas en las que cuelga de una página web. Tengámoslo presente cuando afrontemos cada día de nuestra vida parlamentaria.

Señorías, la sociedad se halla preocupada por el empleo, por la educación, por la justicia, por el medio ambiente, por la sanidad; la sociedad anhela una explica-

ción clara de las políticas posibles, porque entiende bien a quien expone soluciones a los problemas y desconfía de quienes buscan problemas a cada posible solución.

Señorías, miremos con suma atención a nuestro alrededor. Como cantó Bob Dylan, «los tiempos están cambiando», pero hoy discurren con una aceleración muy superior a la de otros periodos de cambio. La Generación Net, la que nos está sustituyendo paulatinamente y nos llama «emigrantes digitales», no entiende de órdenes, sino de inteligencia; no respeta estructuras que no sean útiles, pues inventa enseguida otras; quiere conversaciones y no sermones; no va a dar, en suma, a la política y a los políticos más autoridad que la que nos ganemos con inteligencia e innovación, y, sobre todo, vocación de servicio público.

Hay ya miles de andaluces que han abierto su cuaderno de bitácora, su *blog* en el ciberespacio; entre ellos, muchos políticos inmersos en esta marea social. No creo que un sitio como esta casa de la palabra, que quiera ser la sede del debate y el intercambio de opiniones, deba estar ajeno, cuando la sociedad a la que representa está tan ávida de expresarse y debatir; una sociedad que busca espacios de encuentro, busca territorios sin muro alguno para alzar la voz. Así que tomemos nota, señorías, si no queremos quedar como una isla. Nuestro trabajo nunca puede caer en la tentación del diálogo de sordos.

El enemigo, la crisis, debería unirnos, y nunca enzarzarnos en escaramuzas. No permitamos que renazcan los tribalismos. El rival no es el vecino, ni el culpable siempre es el otro.

Andalucía debe actuar como una; así cambiamos nuestro destino en febrero de 1980. Las fronteras administrativas, aunque para algunos sean diques que marcan su comportamiento, son invisibles, como sabe la sociedad, que cada vez trabaja y se relaciona por encima de los localismos, porque ya no hay límites, a no ser que queramos volver a las taifas que un día segmentaron nuestra tierra.

Parecería obvio recordar de nuevo que debemos situarnos de cara a los ciudadanos. El 28 de febrero, nuestro pueblo muestra a un pueblo en pie que hace a su clase política una llamada sin caducidad: contad con el pueblo, y Andalucía os dará siempre la fuerza para llegar.

Quien conozca Andalucía sabe que no es posible, en esta Comunidad Autónoma, hacer política sin los ciudadanos, sin tener su calor. Hubo quienes lo intentaron hace ya 29 años e iniciaron con ello su declive político.

Por eso, en Andalucía, más que en ningún otro sitio, sería inexplicable restar importancia a la dignidad del voto; sería temerario apuntar que ese sufragio no está regido más que por el limpio y legítimo juicio ciudadano ante las opciones políticas que se le presentan.

El pueblo que el 28 de febrero abrumó con su criterio fundado, el pueblo que con su voto manifiesta su pare-

cer siempre que se le convoca, no merece que nadie ponga en duda su veredicto ni lo cuestione en forma alguna, ni lo desvirtúe, entendiéndolo sometido a algo distinto que la pura expresión de su voluntad popular.

Y, cuando estas alusiones procedan de fuera de Andalucía, tendrán enfrente, sobre todo, a los diputados y diputadas de este Parlamento, cuya legitimidad, cuya dignidad, radica precisamente en la elección libre que efectúan los andaluces y las andaluzas.

Lo peor de los tópicos no es que sean un reduccionismo intelectualmente fácil para entender la complejidad que nos rodea: lo peor de los tópicos, señorías, es que enturbian las relaciones.

Andalucía sabe mucho de falsos arquetipos —se suceden periódicamente—, y esta Presidenta se felicita de que no haya diputado andaluz que no levante su voz cuando alguien menosprecie nuestra tierra o cualquiera de las características que forman su ser y su esencia.

Igual que un 28 de febrero Andalucía cambió la arquitectura del Estado de las autonomías, plantándose sin ambages para decir que no somos superiores, pero tampoco menos que nadie, hoy Andalucía no admite burlas. El peso específico de nuestra Comunidad es muy superior hoy que antes del Estado de las autonomías, y no descartemos que este hecho, de lógica, y, sobre todo, de justicia, cause recelos en algunos ámbitos. Tenemos voz propia, tenemos carácter, y tenemos capacidad para decidir; nuestro camino ha sido en especial duro, pero hemos logrado allanarlo, y en ese trayecto quedaron atrás estereotipos que no permitiremos que revivan nunca más.

Señorías —voy terminando—, mañana entrarán a visitar este noble edificio, nuestra sede, miles de andaluces y andaluzas; espero que muchos diputados y diputadas estemos aquí para recibir a nuestro pueblo, saludarle y enseñarle su casa, engalanada para la ocasión.

Lo mejor de nuestra tierra son sus personas. Ahora lo estamos pasando mal. No ha podido ser esta jornada por completo festiva, ni mis palabras de mera congratulación en nuestra gran fiesta. Y, sin duda, esta mañana de 28 de febrero resulta algo mortecina cuando hay nubes sobre el ánimo de los andaluces.

Pero, señorías, quiero ser optimista. Creo que debemos ser optimistas. El optimismo no es el espejismo del iluso, es la fuerza para actuar, sobre todo cuando el panorama es complicado, es lo contrario del desánimo, es ser valientes.

Sabemos cómo están las cosas, intuimos cómo pueden llegar a estar, pero sólo lamentándolo no llegaremos a la meta, no conseguiremos que estén como deseamos.

Repitamos hoy las palabras que García Lorca puso en boca de Mariana Pineda y que simbolizan nuestro optimismo: «Corazón sin esperanza, que se lo trague la tierra».

Mariana Pineda fue alegría chispeante, pero selló también un compromiso como pocos en la historia, que ella resume en una sola frase: «En la bandera de la libertad bordé el amor más grande de mi vida».

Me imagino que sus señorías estarán de acuerdo en que anuncie nuestra conjura en el esfuerzo, discutiremos, debatiremos, confrontaremos argumentos, pero nuestro objetivo real será acabar pronto con esta situación, en la medida de nuestras responsabilidades.

Hace dos meses tuvimos el honor de estar en Antequera para rendir tributo a esas once fuerzas políticas que tuvieron la altura de miras adecuada para sellar un pacto que resultó clave, un homenaje necesario, porque es nuestra historia, porque es la base del presente y porque para el futuro no podemos olvidar ese ejemplo. Así fue como salió adelante nuestra Autonomía, con aquel Pacto de Antequera que lideró Plácido Fernández-Viagas, el hombre que dejó escrita una frase que todavía me emociona: «No conservo notas, no guardo rencor contra nadie».

Aun siendo tan diferentes las causas y el contexto, quizá no resulta exagerado pensar que el reto al que nos somete ahora la historia sea comparable. El Parlamento debe ser una referencia, el lugar natural del acuerdo, tesis y antítesis, pero sobre todo síntesis. Y, si les parece, podemos empezar por recuperar lo primero que se precisa, algo que no se mide ni con números, ni macro ni microeconómicos, sino con sensaciones: recuperar la confianza en nosotros y, sobre todo, en nuestras fuerzas.

¿Acaso alguien ha olvidado qué celebramos hoy?  
¿Acaso alguien no recuerda qué paso tal día como hoy hace ya veintinueve años?

Lo que ocurrió fue un descomunal ejercicio de confianza propia, de orgullo de ser andaluz. Aquel 28 de febrero, la inmensa maquinaria de un Gobierno y su partido trabajaron para que no superáramos un referéndum con requisitos indignos para su aprobación. Y lo hicimos.

Así que seguro que coincidirán conmigo en que este pueblo ha demostrado de sobra su carácter, y los actuales representantes de la soberanía popular somos los custodios de ese legado. Lamentémoslo imprescindible. Trabajemos en exceso. Desprendamos confianza en las instituciones que nos dimos, como este Parlamento.

Señorías, aquí estamos a pie firme, aquí está el pueblo andaluz para hacer frente a una nueva adversidad y salir de ella con la mayor prontitud.

Cuando aprobamos nuestro primer Estatuto, en aquel pionero 1981, la frase que animaba a votarlo decía: «Echemos a andar». Y desde entonces no hemos parado de caminar. Este pueblo sigue adelante con paso seguro, no busca su ser y su esencia, que es clara, sino el encuentro que nunca acaba con el futuro.

Antonio Mairena, del que celebramos los cien años de su nacimiento, pone voz al sentir de cada andaluz

por su tierra: «Alza la voz, pregonero/y pregonera que en el río/no hay agua para apagar/un corazón como el mío».

Señorías, hoy es 28 de febrero. ¿Qué más puedo decir? Andalucía festeja su día, cantina con orgullo infinito de pueblo sin límites, de cultura universal, una forma de ser que se ofrece, una vez más, como referencia al resto de España y de la humanidad.

«Hombres de luz que a los hombres, almas de hombres les dimos». Andalucía no va solo de Ayamonte a Pulpí, Andalucía se expande sin fronteras gracias a la tecnología, a nuestra cultura, a la ciencia, a nuestras gentes y a quienes vienen a vivir y a trabajar en esta tierra.

Señorías, ustedes representan todo esto. ¡Qué inmensa responsabilidad! ¡Qué gran honor! Estoy segura de que ese sentimiento late en cada ocasión que suban a esta tribuna, el atril que Blas Infante nunca vio.

Cada 28 de febrero, y ya van 29, Andalucía se detiene, mira y se mira, y con voz clara, coro de viento, olor a esperanza, brota limpio y verde de la boca, rojo y caliente del corazón, un: ¡Viva Andalucía!

Y cada 28 de febrero escuchamos que por doquier nos responden: ¡Viva!

Muchas gracias.

[*Aplausos.*]

Señorías, se levanta la sesión. Gracias.